

## Haciendo camino al andar. Saberes bibliotecarios desde el sudoeste bonaerense (Bahía Blanca, 1880-1930)\*

A path made by walking. Library knowledge from the southwest of Buenos Aires province (Bahía Blanca, 1880-1930)

O caminho se faz ao andar. Conhecimento bibliotecário do sudoeste da província de Buenos Aires (Bahía Blanca, 1880-1930)

---

**María de las Nieves Agesta<sup>1</sup>**

<sup>1</sup> Doctora en Historia. Magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural. Investigadora Adjunta de CONICET con sede en el Centro de Estudios Regionales ‘Prof. Félix Weinberg’, y asistente de docencia en el Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, Argentina. Correo electrónico: nievesagesta@uns.edu.ar. Código ORCID: 0000-0002-0586-1008

**Fecha de postulación:** 25/03/2025  
**Fecha de aceptación:** 07/05/2025



---

**Referencia bibliográfica para citar este artículo:** Agesta, María de las Nieves. «Haciendo camino al andar. Saberes bibliotecarios desde el sudoeste bonaerense (Bahía Blanca, 1880-1930)». *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 30.2 (2025): pp. 243-270  
**DOI:** <https://doi.org/10.18273/revanu.v30n2-2025009>

---

## **Resumen**

Ubicada en la costa sudoeste de la provincia de Buenos Aires, la biblioteca popular Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca se fue consolidando, desde su creación en 1882, como un centro de referencia para la región. Durante las primeras décadas del siglo XX, se organizó en torno a ella una trama de relaciones personales, institucionales y textuales que fue configurando un saber colectivo fundado en la praxis sobre el cual se sentaron las bases para edificar una cultura bibliotecaria compartida. El presente artículo propone un análisis situado de la documentación interna de esta entidad a fin de reponer, a partir de ella, los procesos de construcción del conocimiento en espacios alejados de los nodos del poder político y del debate intelectual. Con este propósito, recupera el papel que en el interior provincial desempeñaron los vínculos interbibliotecarios, los agentes locales y los acervos bibliográficos en la formación de este campo especializado. Demuestra, así, la manera en que los saberes circularon y fueron apropiados por las instituciones en función de las posibilidades y de las condiciones específicas del contexto, a la par que hace evidente el modo en que estos contribuyeron a definir una geopolítica regional.

## **Palabras clave**

**Autor:** Bibliotecas populares, saberes bibliotecológicos, provincia de Buenos Aires, Historia de las bibliotecas, redes institucionales.

## **Abstract**

*Located in Bahía Blanca, on the southwest coast of Buenos Aires province, the Bernardino Rivadavia Popular Library has established itself as a regional reference center since its creation in 1882. During the first decades of the 20th century, a network of personal, institutional, and textual relationships was organized around it, shaping a collective knowledge founded on praxis, upon which the foundations for a shared library culture were laid. This article proposes a situated analysis of this institution's internal documentation in order to reconstruct, through it, the processes of knowledge construction in spaces far removed from the hubs of political power and intellectual debate. To this end, we recover the role played within the province by interlibrary links, local agents, and bibliographic collections in the development of this specialized field. The paper thus demonstrates how knowledge circulated and was appropriated by institutions according to the specific possibilities and conditions of the context, and at the same time it shows the way in which they contributed to defining a regional geopolitics.*

## **Keywords**

**Autor:** Popular libraries, librarian knowledge, Buenos Aires province, history of libraries, institutional networks'.

## **Resumo**

*Localizada na costa sudoeste da província de Buenos Aires, a Biblioteca Pública Bernardino Rivadavia, em Bahía Blanca, consolidou-se como um centro de referência para a região desde sua criação em 1882. Durante as primeiras décadas do século XX, organizou-se em torno dela uma rede de relações pessoais, institucionais e textuais, configurando um conhecimento coletivo fundado na práxis sobre o qual se lançaram as bases para a construção de uma cultura de biblioteca compartilhada. Este artigo propõe uma análise situada da documentação interna desta entidade para reconstruir, por meio dela, os processos de construção do conhecimento em espaços distantes dos centros de poder político e de debate intelectual. Para tanto, examina o papel desempenhado pelos vínculos interbibliotecas, agentes locais e coleções bibliográficas da província no desenvolvimento desse campo especializado. Demonstra, assim, como o conhecimento circulou e foi apropriado pelas instituições com base nas possibilidades e condições específicas do contexto, ao mesmo tempo em que destaca como contribuiu para a definição da geopolítica regional.*

## **Palavras chave**

**Autor:** Bibliotecas populares, conhecimento bibliotecário, província de Buenos Aires, história das bibliotecas, redes institucionais.

---

\* La presente investigación forma parte del proyecto del Proyecto Grupo de Investigación (PGI) (2022-2025) *Sociabilidades en Bahía Blanca, siglo XX: entre lo político y lo público* (24/I293), dirigido por el Dr. José Marcilese y codirigido por la Dra. Juliana López Pascual, evaluado y financiado por la Secretaría General de Ciencia y Técnica. de la Universidad Nacional del Sur (Bahía Blanca, Argentina) para el programa de incentivos.

## 1. Introducción

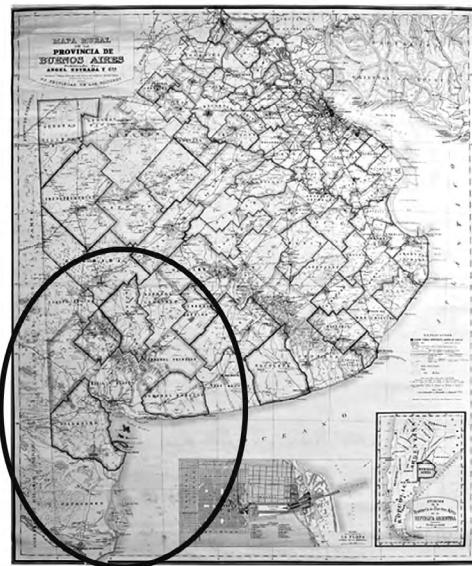
Organizar una biblioteca popular en la costa sur de la provincia de Buenos Aires (Argentina) a fines del siglo XIX y principios del XX tenía bastante de aventura y mucho de improvisación.<sup>1</sup> En el afán de demostrar y reforzar los progresos alcanzados en su breve existencia y munidas de la experiencia asociativa de algunos de sus habitantes, las localidades bonaerenses se sumaron con unos años de demora al movimiento bibliotecario que había impulsado Domingo F. Sarmiento en 1870 a partir de la promulgación de la Ley 419. Como se ha examinado en varias ocasiones, esta norma había instaurado un sistema mixto que depositaba en la sociedad civil la responsabilidad de crear y sostener bibliotecas y en el Estado la de protegerlas y fomentarlas mediante el otorgamiento de subsidios canalizados a través de una Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.<sup>2</sup>

Aunque el modelo pervivió a lo largo de los años, no sucedió lo mismo con la ley ni con el organismo que fueron dejados sin efecto en 1876 para ser restaurados recién en 1908. Entretanto, la frontera del Estado argentino no había cesado de expandirse hacia el sur y nuevos pueblos se habían fundado a partir de la usurpación de los territorios indígenas. La década del 1880 vio incrementarse notablemente la cantidad de población atraída por las proyecciones de crecimiento económico de una región que, por sus condiciones naturales y ayudada por el tendido férreo y la infraestructura portuaria, prometía una inserción exitosa en el modelo agroexportador.

Pero a los ojos de los habitantes de los flamantes poblados la modernización productiva no era suficiente y demandaba una sociedad civilizada concomitante basada en la extensión de las competencias educativas y en el refinamiento de las costumbres. ¿Y qué medios podían ser considerados más adecuados a estos fines que la difusión de la lectura y del libro? En las localidades de la costa sur de la provincia de Buenos Aires —Bahía Blanca y Tres Arroyos, primero, y en Puan, Patagones, Adela Sáenz, Guaminí, Pringles, Dufaur, Carhué, coronel Suárez, Saavedra, Pigüé y Tornquist, después— se multiplicaron las bibliotecas populares sostenidas por asociaciones de todo tipo y gestionadas por comisiones directivas de vecinos elegidas por los mismos socios según procedimientos democráticos.

<sup>1</sup> La costa sur o el sudoeste bonaerense incluye el área de la provincia delimitada al norte por el paralelo de 36° de latitud sur, al oeste por el meridiano de 60° longitud oeste, al este por el Mar Argentino y al sur por el Río Negro. Comprende actualmente los partidos de Patagones, Villarino, Puan, Adolfo Alsina, Saavedra, Guaminí, Salliqueló, Pellegrini, Tres Lomas, Daireaux, Saavedra, coronel Suárez, Tornquist, coronel Rosales, Monte Hermoso, General Lamadrid, Laprida, González Chaves, coronel Pringles, coronel Dorrego, Tres Arroyos y Bahía Blanca, nodo ferroportuario y de servicios para la región. Weinberg, Félix (dir.). *Historia del Sudoeste Bonaerense* (Buenos Aires: Plus Ultra, 1988) [Mapa 1] Es preciso señalar que este recorte tiene mucho de convencional y requeriría de una problematización que excede a este artículo. Alcance con señalar, en esta oportunidad, que el proceso de conformación del Estado nacional y provincial durante el período considerado supuso una transformación continua del territorio y de sus circunscripciones administrativas. En este contexto se fue consolidando la posición central que ocupó Bahía Blanca para la zona, así como el sistema de relaciones entre ella y el resto de los poblados.

<sup>2</sup> Planas, Javier. *Libros, lectores y sociabilidades de lectura: Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina* (Buenos Aires: Ampersand, 2017).



**Mapa 1.** Región del sudoeste bonaerense [marca del/a autor/a]. Fuente: Mapa mural de la Provincia de Buenos Aires [material cartográfico] (Buenos Aires: Ángel Estrada, 1904). Escala 1:700.000. Archivo digital de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

Ahora bien, el saber-hacer asociativo adquirido a partir del paso por sociedades de socorros mutuos, clubes sociales, agrupaciones étnicas, logias o partidos políticos no bastaba para hacer frente a las demandas y necesidades de una institución bibliotecaria. ¿Qué criterios debían primar al momento de seleccionar el material?, ¿cómo conformar una colección útil y atractiva y conservarla?, ¿de qué manera clasificarla, ordenarla y difundirla para volverla accesible a los usuarios?, ¿cómo orientar las lecturas del público y atender a sus requerimientos con fondos acotados y un personal *amateur*? Estas y otras cuestiones plantearon desafíos permanentes a las nuevas entidades que debieron hacer uso de todos los recursos a su disposición para poder enfrentarlos.

En este artículo examinamos puntualmente las formas a través de las cuales se construyó el saber bibliotecológico en la más antigua de ellas, la Biblioteca Popular de la Asociación Bernardino Rivadavia (ABR) de Bahía Blanca (creada en 1882), en el cambio del siglo XIX al XX. En un contexto de desarrollo incipiente del campo donde, mayormente, la experimentación y la empírica reemplazaban a los discursos teóricos y técnicos, el intercambio interbibliotecario de información y bibliografía, la voluntad de autoformación desplegada por los encargados de las instituciones y su determinación de acumular un corpus de este tipo denunciaban la existencia de una «disposición bibliotecológica»,<sup>3</sup> esta tendencia adquiría una nueva

<sup>3</sup> Planas, Javier. «Producción y circulación del saber en la historia del campo bibliotecario argentino», en *Información, cultura y sociedad*, 40 (2019): 55.

dimensión al entroncarse con la pretensión de la Rivadavia de convertirse en un centro regional de referencia sobre la cuestión. En efecto, en 1916 su quinto catálogo general incorporó, por primera vez, en la sección «Enciclopedias y Diccionarios. Obras generales» un apartado denominado «Bibliografía y Bibliotecas» que reunía una colección heterogénea de 79 títulos sobre el tema. En 1932, enriquecida con nuevas adquisiciones y con las de otra disciplina, la «Archivología». La amplitud de su repertorio contrastaba con la escasez de bibliografía sobre estos temas que ofrecían sus pares de partidos aledaños, a cuyas arcas llegaba, en general, únicamente por donación de los mismos poderes públicos.

Nos proponemos, entonces, abordar el problema de la construcción local de un saber bibliotecológico a partir de tres factores: la reposición de la red de intercambios que conectó a la ABR con otras bibliotecas del país, la recuperación del rol desempeñado por los bibliotecarios en la definición de métodos, procedimientos y conceptos vinculados a su labor y la revisión de los catálogos publicados entre 1884 y 1932 a fin de determinar cómo se componían en términos de tipos documentales, géneros y autores. Guiada por estos interrogantes, la investigación recurre, no solo a estas últimas fuentes, sino también a documentos institucionales como las actas de sesión de la Comisión Directiva, la correspondencia institucional y el *Boletín Informativo* (1927, 1932-1934, 1936-1960) de la biblioteca y a textos inéditos surgidos en el marco de la misma institución en una propuesta metodológica que articula procedimientos cuantitativos y cualitativos de análisis.

Partiendo de una experiencia puntual, el trabajo pretende aportar, de este modo, a la elaboración de un relato más complejo que atienda a las diversidades regionales y escape a las explicaciones teleológicas y acumulativas de producción del conocimiento. Para ello, pone en primer plano los vínculos horizontales entre las entidades, la circulación de la información y los materiales, los usos y las apropiaciones de lo dado y el lugar de la praxis en el hacer institucional de las bibliotecas del interior provincial donde la precariedad, la contingencia y la distancia geográfica formaban parte de la existencia cotidiana. Un saber bibliotecológico *ad hoc* hecho de fragmentos y de ensayos se fue configurando en sus salones, a la par que fue conformando un capital simbólico que contribuyó a definir una geopolítica local y regional que, más tarde, se tradujo en la inserción diferencial de los agentes en el circuito bibliotecológico nacional.

## 2. Apuntes para una historia regional de las bibliotecas en América Latina

Un programa de este tipo asume un punto de vista heterodoxo que abre tanto de los estudios provenientes de la Historia de las Bibliotecas y de la Bibliotecología como de una Historia Social del Conocimiento sensible a la pluralidad de los saberes y a las relaciones de poder que los atraviesan. De la primera, se recuperan aquí los avances que en las últimas décadas se han producido en el ámbito de la «nueva historia de las bibliotecas en América Latina», una perspectiva que, como postula Alejandro Parada, fue dejando de lado el carácter erudito y descriptivo

de antaño para enfocar estas instituciones desde los problemas socioculturales, desanclándolas del imperio exclusivo de la Historia del Libro.<sup>4</sup>

Nutrido por una historia renovada de la cultura impresa que tiene a Roger Chartier y a Robert Darnton como sus principales referentes y por las revisiones llevadas adelante por las propias historiografías nacionales,<sup>5</sup> se fue edificando en el continente un campo de estudios específico basado en la premisa de que «los relatos de las bibliotecas poseen su propia dinámica interna y fenomenológica, que si bien los unen con las materialidades que impone el libro también los separan de este último y brindan una independencia de criterios e interpretaciones de —su puesta en texto—».<sup>6</sup> En países como Brasil, Colombia y Argentina —donde el mismo Parada ha desempeñado un papel clave— se han multiplicado las contribuciones en este sentido: dossiers y artículos en revistas científicas, mesas en eventos académicos, libros individuales y colectivos y, en el último tiempo, colecciones editoriales universitarias se han sumado al debate para complejizar la mirada y ampliar sus alcances.<sup>7</sup> Por su carácter integrador, cabe destacar en este punto la relevancia del volumen *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina* aparecido en 2018, bajo la dirección de Carlos Aguirre y Ricardo Salvatore.<sup>8</sup> El libro reúne capítulos de distintos investigadores sobre el pasado bibliotecario latinoamericano organizados en torno a cuatro ejes problemáticos —la formación del Estado-Nación, la cultura letrada, los museos y prácticas científicas y culturales y la movilización política y los proyectos revolucionarios— que delinean una posible hoja de ruta compartida. Como sintetizó el mismo Aguirre, las «lecciones» que arrojan estos ensayos son varias. Entre ellas se cuentan constataciones respecto de la distancia que existió en nuestros territorios entre los modelos y las expectativas sobre el deber-ser de las bibliotecas y sus concresciones materiales, la necesidad de conectar las historias de los diferentes tipos de establecimientos y la importancia de vincular su devenir con el de las prácticas de circulación de las ideas, personas y bienes culturales a diversas escalas.<sup>9</sup> En suma, se

<sup>4</sup> Planas, Javier. «Para una nueva historia de las bibliotecas en América Latina. Diálogo entre Carlos Aguirre y Alejandro E. Parada», en *Políticas de la Memoria*, 21 (2021): 107-117.

<sup>5</sup> Pueden consultarse varias revisiones sobre el estado de la cuestión de la Historia de las Bibliotecas en América Latina en: Parada, Alejandro. «Historia de las bibliotecas en la argentina. Una perspectiva desde la bibliotecología», en *Fuentes*, 7.29 (2013):6-23; Mouren, Raphaële. «Faire l'histoire des bibliothèques aujourd'hui», en *Biblos*, 35.1 (2021); Planas, Javier. «Participación intelectual en la producción de conocimiento en bibliotecas en la Argentina», en *Acervo*, 38.1 (2025); Agesta, María de las Nieves y Planas, Javier. «Introducción al dossier. Para una nueva historia de las bibliotecas en América Latina: instituciones, representaciones y prácticas», en *Palabra Clave*, 13.2 (2024): 1-4.

<sup>6</sup> Parada, Alejandro E. «Una Historia de las Bibliotecas...», 32.

<sup>7</sup> Dado que por cuestiones de extensión no es posible efectuar un estado de la cuestión pormenorizado en este artículo, remitimos a manera de ejemplo a los dossiers publicados en las revistas *Historia y Espacio*, *Palabra Clave* y *Biblos*, así como a la colección Calímaco que, bajo la coordinación de Alejandro Parada, ha comenzado a editar Eduvim (Editorial de la Universidad de Villa María, Argentina) en 2023. Dossier «Bibliotecas populares y obreras en los siglos XIX y XX. Libros, lectura y sociabilidad», en *Historia y Espacio*, 14.51 (2018); Dossié: «Histórica das Bibliotecas», en *Biblos*, 35.1 (2021); Dossier: «Para una nueva historia de las bibliotecas en América Latina: instituciones, representaciones y prácticas», en *Palabra Clave*, 13.2 (2024).

<sup>8</sup> Aguirre, Carlos y Salvatore, Ricardo (eds.). *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina: siglos XIX y XX* (Lima: Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018).

<sup>9</sup> Planas, Javier. «Para una nueva historia...», 108.

trata de observar estas instituciones como realidades dinámicas y en articulación permanente con los procesos del mundo político, económico, social e intelectual de un tiempo y un espacio determinados.

Esta perspectiva contribuyó también a transformar los estudios dedicados a los saberes bibliotecológicos cuyos aportes se retoman en estas páginas. Las preocupaciones sobre la dimensión socio-cultural de las entidades condujeron a una «búsqueda por comprender cómo estas prácticas se habían acumulado hasta el punto de crear un saber-hacer cultural».<sup>10</sup> Las nuevas herramientas ofrecidas por la Historia Intelectual refrescaron las aproximaciones bibliotecológicas tradicionales, enfocadas en aspectos factuales, técnicos y biográficos, y redirigieron su mirada hacia los fenómenos materiales de producción del conocimiento, sus apropiaciones y los nexos entre política y bibliotecas.<sup>11</sup> En línea con esta postura, Javier Planas ha trazado recientemente un nuevo programa disciplinar a fin de examinar el proceso de formación del saber de biblioteca en Argentina entre 1870 y 1960, partiendo de una redefinición de las nociones de intelectual y de obra bibliotecaria.<sup>12</sup>

Más allá de los «grandes nombres», es preciso admitir, sostiene, la contribución de operadores de sentido «menos conocidos, pero de una influencia notable en ámbitos situados espacial y temporalmente»<sup>13</sup> en la construcción del conocimiento; junto a las figuras destacadas de la historia intelectual y política nacional, emergerán, entonces, ante el investigador otras personalidades menos renombradas vinculadas de forma duradera al circuito bibliotecario, así como promotores culturales individuales o colectivos que, la mayoría de las veces invisibilizados en los relatos, hicieron posible la existencia bibliotecaria en distintos rincones de la nación. Naturalmente, esto no significa desconocer el peso específico que tuvo cada uno de ellos en una escala global, sino, como demostraremos aquí, poner de relieve que, allí donde la presencia de los discursos y las instituciones centrales era débil o tardía, igualmente los habitantes organizaban, sostenían y gestionaban bibliotecas haciendo un uso propio y, en ocasiones, original, de los recursos a su alcance. Es el objetivo de este artículo reintegrar a la narrativa histórica esta producción y este hacer *amateurs* que, asentados sobre lógicas de intercambio y validación singulares, primaron en los pueblos de provincia durante el entresiglos.

Para ello, recurriremos a la Historia Social del Conocimiento<sup>14</sup> como matriz conceptual que pone de relieve el carácter constructivo de los saberes –sean estos

<sup>10</sup> Planas, Javier. «La participación intelectual...», 4.

<sup>11</sup> Sobre el desenvolvimiento de la disciplina en Argentina, pueden consultarse Parada, Alejandro. «Historia de las bibliotecas ...», Planas, Javier. «Para una nueva historia...» y «La participación intelectual...».

<sup>12</sup> Planas, Javier. «Participación intelectual...».

<sup>13</sup> Planas, Javier. «Participación intelectual...», 10.

<sup>14</sup> Véase, entre otros, Burke, Peter. *¿Qué es la historia del conocimiento?* (Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2017); Jacob, Christian. «Lieux de savoir: Places and Spaces in the History of Knowledge», en *KNOW: A Journal on the Formation of Knowledge*, 1.1 (2017): 85-102; y Salvatore, Ricardo (comp.). *Los lugares del saber: contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno* (Rosario: Beatriz Viterbo, 2008).

«académicos» o «alternativos»— y, por ende, su dinamicidad y su origen social al inscribirlos en las relaciones de poder existentes.<sup>15</sup> Problemas como las tensiones centro/periferia, ciudad/campo o innovación/tradición, la profesionalización y la institucionalización de los conocimientos, sus criterios y fuentes de legitimidad colectiva o su imbricación con las estructuras económicas pasan al foco de la escena, desplazando las narrativas evolutivas organizadas alrededor a los «nombres propios» y a los «grandes descubrimientos». Como señala Peter Burke, esta perspectiva ha introducido un interés creciente por la «vida intelectual cotidiana de pequeños grupos, círculos, redes o—comunidades epistemológicas—, consideradas [como] las unidades básicas que construyen el conocimiento y controlan su difusión a través de determinados canales», así como por las variables geográficas y de género en dichos procesos.

Asumir un enfoque de este tipo nos permite, en primer lugar, recuperar los aportes de quienes contribuyeron a «hacer biblioteca» a partir de un sentido práctico y situado y reconstruir los lazos de solidaridad e intercambio que los unieron. Y en segundo, cuestionar las interpretaciones centralistas y sus concepciones difusionistas de la circulación intelectual para oponerles las lógicas específicas de producción y de tráfico de información. La preocupación por las operaciones concretas de generación y de transmisión de los conocimientos se combina, de este modo, con la pregunta en torno al espacio, a sus dimensiones materiales y simbólicas, contribuyendo a re-territorializar los procesos y a re-jerarquizar los saberes locales encarnados en determinados artefactos, personas e instituciones.<sup>16</sup> Son estos los «lugares» donde dichos saberes se producen y/o se actualizan, los que permiten que se difundan a distintas zonas y adquieran nuevas modalidades de existencia.

Dispersas por la pampa, las bibliotecas populares del sudoeste bonaerense desarrollaron estrategias de supervivencia y de crecimiento que implicaron una densa trama comunicativa; canjes, consultas y colaboraciones fueron condiciones de posibilidad para sortear los obstáculos cotidianos que imponían la inexperiencia, la falta de pautas orientadoras y la distancia de los organismos centrales. Los bibliotecarios fueron protagonistas indiscutidos en este asunto. Aficionados autodidactas con vocación pública o erudita, fueron construyendo sus competencias en la práctica y a partir del corpus de bibliografía especializada disponible que los esfuerzos o los azares les iban permitiendo adquirir. Así como el capital intelectual acumulado durante estos años fue la puerta de entrada para que algunos de ellos (como Germán García) ingresaran a la bibliotecología nacional, el capital bibliográfico almacenado en algunas de las estanterías locales fue la clave sobre la que se estructuró un campo bibliotecario internamente diferenciado al interior del país. Tránsitos, individuos y textos. Estos son, pues, los factores que jalonan esta historia.

<sup>15</sup> Christian Jacob define al conocimiento como una «configuración de herramientas mentales, discursos, prácticas, modelos y representaciones compartidas que permiten a una sociedad o a grupos más pequeños dentro de ella otorgar sentido al mundo en que viven y actuar en él. El conocimiento es una manera de construir un mundo común articulando sus múltiples dimensiones [...]. [traducción propia] Jacob, Christian 86.

<sup>16</sup> Jacob Christian 90.

### 3. Circulaciones

En 1949, Germán García, en su calidad de representante de la Biblioteca Rivadavia de Bahía Blanca en el Primer Congreso de Bibliotecas Populares de la Provincia,<sup>17</sup> presentó ante los sesionistas un proyecto para reforzar las «relaciones de las bibliotecas entre sí, y con los demás centros de cultura y educación». Allí, el bibliotecario salamanquino radicado en Bahía Blanca sostuvo la necesidad de que la entidades de una misma ciudad o región mantuvieran un contacto estrecho y formaran federaciones para vincular a los dirigentes y demás personas que trabajaran con idénticas finalidades, coordinaran actividades comunes aprovechando mejor los recursos y las energías, complementaran su caudal bibliográfico y estudiaran las características de la zona para adquirir un perfil especializado.<sup>18</sup> Sin dudas, el plan de García era factible solo en el contexto de la creciente institucionalización y organización que había estado experimentando el sistema bibliotecario bonaerense desde, principalmente, las décadas del cuarenta y del cincuenta; hasta 1930 la escasez de espacios de encuentro interbibliotecarios y la incipiente de los organismos centralizadores de carácter oficial habían dificultado la articulación vertical de las realidades locales en el interior de la provincia. El hecho de que esta iniciativa hubiera partido de alguien que había formado parte activa de la vida de la institución bahiense desde 1915 no era casual: a poco tiempo de su fundación en 1882 la Rivadavia se había convertido en un centro bibliotecario de referencia para el sudoeste bonaerense, los territorios pampeanos y otras áreas aledañas y había demostrado con el ejemplo la importancia que tenían los lazos con sus pares en la difusión de pautas de funcionamiento y en la configuración de modos de hacer compartidos.

En efecto, alejadas de las grandes concentraciones urbanas, nodos de las discusiones técnicas e intelectuales sobre la materia, las bibliotecas de la costa sur provincial desplegaron diversas tácticas de supervivencia y modernización entre las cuales el intercambio de información, documentación y bibliografía y la autodidaxia ocuparon lugares claves. Desde su génesis, la ausencia de un corpus jurídico preciso, el desconocimiento de las disposiciones oficiales y la dificultad de acceder a modelos normativos las colocaba en una suerte orfandad preceptiva que dejaba su marcha y regulación a discreción de los integrantes, de su experiencia asociativa y del método de prueba y error. No puede desconocerse que, entre 1872 y 1875, la poco después

<sup>17</sup> Este evento tuvo lugar en la ciudad de La Plata entre el 15 y el 18 de diciembre de 1949 en respuesta a una convocatoria de la Dirección de Bibliotecas Populares, dependiente del Ministerio de Educación bonaerense dirigido por Julio César Avanza. Su finalidad era «plantear y estudiar las necesidades generales de las bibliotecas populares, procurar la organización y coordinación de los servicios bibliotecarios, promover la vinculación de las bibliotecas entre sí y con los organismos oficiales afines y estudiar las bases para una nueva legislación bibliotecaria». (*Primer Congreso de Bibliotecas Populares* (La Plata: Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires, 1949, s/p) En esa ocasión, participaron 77 representantes de bibliotecas reconocidas, 28 de bibliotecas tipo, 182 de bibliotecas adheridas e invitados especiales. (1º Congreso Provincial de Bibliotecas Populares, La Plata, Dirección General de Bibliotecas de la Provincia de Buenos Aires, 1952, p. 21) Véase: Coria; Marcela. *Libros, cultura y peronismo: La Dirección General de Bibliotecas de Buenos Aires 1946-1952* (La Plata: Archivo Histórico Dr. Ricardo Levene, 2017).

<sup>18</sup> García, Germán. «Relaciones de las bibliotecas entre sí y con los demás centros de cultura y educación» (ponencia presentada en el 1º Congreso Provincial de Bibliotecas Populares..., p. 81).

disuelta Comisión Protectora de Bibliotecas Populares nacional había editado el *Boletín de las Bibliotecas Populares* que había pretendido funcionar como mentor y mediador al incluir en todos sus números documentos bibliotecológicos e información actualizada sobre el mundo de los libros.<sup>19</sup> Parte de su contenido se había abocado, de hecho, a dar cuenta de los casos singulares de conformación de los dispositivos institucionales de las jóvenes bibliotecas populares existentes a fin de repartirlo por todo el país a través de los aparatos educativos y distritales de cada región.

Si la falta de periodicidad y de continuidad del proyecto editorial<sup>20</sup> y de la Comisión misma habían confabulado contra el logro de sus objetivos iniciales, no menos cierto es que las pretensiones distributivas iniciales también parecen haber estado lejos de concretarse en el interior del país, sobre todo en regiones donde el despegue económico y urbanístico no se produciría hasta después de la disolución de la agencia en 1876. ¿A quiénes fueron efectivamente entregados los diez mil ejemplares del primer número de la publicación, más allá de la buena intención de sus editores? Los rastros de su recepción se pierden en las zonas como las que nos ocupan. Pese a ser la entidad más antigua, en la Biblioteca Rivadavia el *Boletín* recién sería incorporado entre 1906 y 1916, fecha, esta última, en la que apareció consignado por primera vez. Las únicas publicaciones de carácter bibliotecológico con que contaba la ABR en su primer catálogo de 1884 eran las correspondientes a las entradas «Biblioteca Pública de Chivilcoy» y «Biblioteca Pública de Buenos Aires en la Exposición de París».

Este panorama que, de acuerdo con los documentos disponibles, no parece haber sido muy diferente en ninguna de las bibliotecas populares de la región durante esta etapa del entresiglos, condujo a la mayoría de ellas a buscar asesoramiento y apoyo en otras instituciones análogas de mayor antigüedad y prestigio. La Biblioteca del Centro de Comercio de Tres Arroyos, por ejemplo, recurrió en 1910 a la Biblioteca Pública de Lomas de Zamora para proveerse de modelos estatutarios y lo propio hizo la Ernesto Tornquist de la localidad homónima en 1919 con la Biblioteca de San Martín. La comisión directiva de la entidad bahiense, por su parte, acudió antes de redactar sus primeros estatutos a la Biblioteca Pública de Buenos Aires para solicitar reglamentos de «asociaciones análogas».<sup>21</sup> En respuesta, su director, Manuel Trelles, envió en nombre del gobierno provincial los estatutos de la Biblioteca del Municipio de la ciudad de Buenos Aires junto con una serie de precisiones respecto de su funcionamiento y su estructura. En el orden fáctico, frente a la vacancia estatal y la solicitud de las involucradas, la institución porteña asumía el rol tutelar que su antigüedad y su prosapia le reservaban en la orientación del sistema bibliotecario. Del mismo modo, en 1915 ante la necesidad de reformar sus criterios de clasificación bibliográfica se

<sup>19</sup> Planas, Javier. *Libros, lectores y sociabilidades...*

<sup>20</sup> Sería recién en los años treinta que el proyecto editorial de la Comisión adquiriría solidez y continuidad en el marco de la política comunicacional activa implementada durante las presidencias de Juan Pablo Echagüe y Carlos Obligado. Véase Coria, Marcela. *Las políticas bibliotecarias de lectura de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (1933-1949)*, (Tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata, 2023).

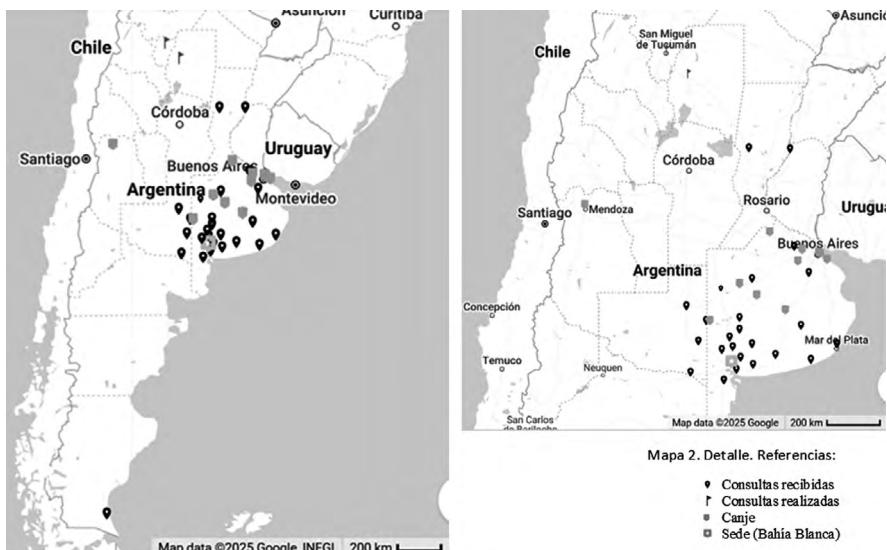
<sup>21</sup> Archivo institucional de la Asociación Bernardino Rivadavia (AIABR), Carta de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires a la ABR, Correspondencia 1882-1889, f. 59 (Buenos Aires, 4 de mayo de 1882).

dirigieron a la misma institución, ahora trocada en Biblioteca Nacional, para solicitar el *Catálogo Metódico* elaborado por Paul Groussac. Esta sería la matriz sobre la que se confeccionaría el nuevo catálogo «racional y científico» impreso en 1916.<sup>22</sup>

Así como la Rivadavia había vuelto sus ojos a la capital en pos de consejo, otro tanto haría sus colegas con ella a medida que su presencia se afirmara en la provincia. El crecimiento exponencial de su acervo y su perduración en el tiempo en un contexto donde este tipo de proyectos estaban sometidos a continuas zozobras, la transformó en un centro de referencia al que las demás se dirigían para pedir modelos de reglamentos, catálogos y libros de movimientos, recomendaciones para la obtención de subsidios, datos de funcionamiento, material bibliográfico e, incluso, juicios intelectuales. Hasta 1930, la ABR recibió correspondencia de este tenor de, al menos, Santa Rosa (Territorio de la Pampa, 1906), Tornquist (1907), La Paz (Entre Ríos, 1913), Luján (1914), Pehuajó (1915), Rivera (1915), Bernasconi (1915), San Andrés de Giles (1925), Tres Arroyos (1925), Coronel Pringles (1925), Trenque Lauquen (1926), Mar de Plata (1927), Huanguelén (1928), Coronel Suárez (1928), Río Colorado (Territorio del Río Negro, 1929) y Pelicurá (1929), así como de los municipios de General Pueyrredón (1915) y de Río Gallegos (Territorio de Santa Cruz, 1926). Asimismo, recibía requerimientos frecuentes de las bibliotecas de la ciudad (Conductores de Carruajes, Centro Juventud Israelita, Logia Estrella Polar) y del partido (Ingeniero White, Cabildo, Punta Alta). [Mapa 2, ícono ubicación negro] Las consultas eran de lo más variadas: la Sociedad Pro Enseñanza Normal de Luján, por ejemplo, preguntaba los horarios en que se hallaba abierta, el número y la clase de obras que poseía, si gozaba de una subvención y de qué carácter, con qué recursos costeaba su sostentimiento y de qué manera adquiría sus libros. Otras le pedían una contribución inaugural de material de lectura y unas últimas solicitaban su concurso como árbitro autorizado. Ese fue el caso, en 1919, de la Biblioteca Alberdi de Saavedra que convocó a la comisión directiva bahiense para que dirimiera en el conflicto suscitado por un concurso literario cuyos resultados habían sido puestos en entredicho.

---

<sup>22</sup> Agesta, María de las Nieves, «Libros en orden para un mundo en crisis: Apropiaciones y mediaciones de la organización bibliotecaria en el interior bonaerense (Bahía Blanca, 1915-1916)» (ponencia presentada en las 7mas. Jornadas de Intercambio y Reflexión en Bibliotecología, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, 18 de abril de 2024).



**Mapa 2.** Relaciones interbibliotecarias a partir de la correspondencia de la ABR (1882-1930).

**Fuente:** Elaboración propia. [Software Snazzy Maps]

Pero la Biblioteca Rivadavia no se limitaba a mandar la información o los textos requeridos, sino que se convertía en consultante también, cuando así se precisaba. En este caso, acudía a bibliotecas consolidadas como las Sarmiento de Tucumán y Santiago del Estero y a la San Martín de Mendoza, a las que interrogó respecto de la construcción y la organización del edificio social en vísperas del levantamiento de su nueva sede. Dentro de la provincia de Buenos Aires, se dirigió a la Popular de Azul para conocer su experiencia de articulación con la Cárcel. [Mapa 2, ícono bandera gris] La red interbibliotecaria se completaba con los vínculos establecidos mediante el canje bibliográfico Con este fin, la ABR se contactó con numerosas entidades: la Sarmiento y la de la Asociación de Maestros de La Plata, las Rivadavia de Avellaneda y Pehuajó, la Doctor Menéndez de Pergamino, la Sarmiento de Navarro, San Francisco de Luján y las populares de Quilmes, Azul y Bolívar. [Mapa 2, ícono gris cuadrado]

En síntesis, la circulación de información, documentos y libros fue configurando una cartografía que contribuyó a afianzar una cultura bibliotecaria en el país en la que las entidades ocuparon posiciones diferenciales y móviles: si la ABR era un referente para la zona del centro y sur de bonaerense y para el territorio pampeano y patagónico, se reconocía tributaria de la trayectoria de las bibliotecas de las grandes capitales y par de similar envergadura y antigüedad dentro y fuera de la provincia. Inclusive cuando la Comisión Protectora de Biblioteca Populares comenzó a operar con regularidad y sus mecanismos de comunicación e

inspección se aceptaron,<sup>23</sup> esta colaboración continuó siendo fundamental para las interesadas que capitalizaban, así, colectivamente las experiencias individuales. No es sorprendente, entonces, que la homogeneidad de prácticas y discursos aumentara a medida que transcurrián las décadas, aun a pesar de la discontinuidad de los organismos centrales. Si los marcos normativos, las formas de organización interna y los patrimonios bibliográficos fueron un producto de este intercambio, no puede desconocerse tampoco el rol que en ello desempeñó la voluntad individual de los bibliotecarios y dirigentes locales. Aquellos que, consciente de carecer de una educación profesional, procuraron perfeccionar y modernizar los servicios locales mediante la incorporación de literatura especializada, la inserción en circuitos especializados (cuando estos existían) y la elaboración de sus propias reflexiones a partir de la praxis cotidiana.

#### 4. Bibliotecarios

Es sabido que atender, gestionar, cuidar y organizar una biblioteca popular no era una tarea sencilla. Los bibliotecarios, en cuyas manos reposaba gran parte de estas faenas, se veían enfrentados a múltiples responsabilidades para las que, en la mayoría de las ocasiones, no se hallaban adecuadamente preparados. De ellos dependía la accesibilidad de la colección, su composición y, en gran medida, los vínculos entre la institución y los lectores. En las pequeñas poblaciones del interior bonaerense, como sucedía en la mayoría de las bibliotecas populares del resto del país, la ausencia de personal profesionalizado y formado en la disciplina hacía recaer estas funciones en vecinos cultivados y «amigos de los libros», que, además, dispusieran de tiempo y voluntad para prestar sus servicios de manera gratuita o por muy bajos salarios. Las asociaciones delegaron este puesto en profesionales, docentes o aficionados con inquietudes literarias que fueron construyendo su *expertise* en la misma praxis y contribuyendo desde allí a la configuración del campo bibliotecológico.

Como señala Alejandro Parada,<sup>24</sup> la combinación entre positivismo filosófico, empirismo profesional e imagen del bibliotecario erudito fue la marca que signó el período «preprofesional» que se extendió entre 1870 y 1930. En los pueblos bonaerenses, sin embargo, esta última representación, aunque vigente, debió ajustarse a las posibilidades reales de los ambientes locales. Todavía en 1928, Alfredo Cónsole en *El bibliotecario y la biblioteca* indicaba que «la mayoría de los que atienden bibliotecas entre nosotros no son sino vulgares empleados»,<sup>25</sup> hecho que atribuía a la escasez de escuelas de biblioteconomía y a las dificultades que implicaba para los provincianos concurrir al único curso disponible: el que ofrecía la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Por eso, concluía, «los pocos

<sup>23</sup> Monay, Alejo. *Estado y política bibliotecaria: La inspección en bibliotecas populares bonaerenses (1908-1929)*, (Tesis pregrado, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2022).

<sup>24</sup> Parada, Alejandro. «Historia de las bibliotecas...».

<sup>25</sup> Cónsole, Alfredo. *El bibliotecario y la biblioteca. Formación y organización de bibliotecas populares* (Buenos Aires: Tor, 1928), 15.

bibliotecarios competentes que existen se han formado solo en la práctica, haciendo gala de inteligencia y de constancia».<sup>26</sup> A ellos estaba destinado su manual. Quince años después el diagnóstico no había cambiado. Con conocimiento de causa, Germán García en *Actualidad de Sarmiento y otros ensayos* confrontaba la realidad de los poblados y los barrios con la de las grandes capitales. En aquellos,

el bibliotecario es un anciano, un muchacho o una niña que cuenta con dos o tres horas libres en otra tarea y las dedican a atender los servicios de la biblioteca. Se les paga por ello una miseria que, en ocasiones no pasa de los treinta pesos, aunque suele reforzarse la partida con la comisión de la cobranza, convirtiéndolo en bibliotecario-cobrador y, a veces, las comisiones administradoras tienen de él un concepto realmente decepcionante.<sup>27</sup>

Esto redundaba en la coexistencia «tierra adentro» de «bibliotecarios que no nacieron para el puesto» y «bibliotecarios ahogados por el medio y por la falta de recursos» endémica que afectaba a los establecimientos.<sup>28</sup>

Ciertamente, los documentos muestran las funciones heterogéneas que cumplían los bibliotecarios del sudoeste. En Bahía Blanca, además de desempeñarse también como secretarios de las sucesivas comisiones directivas, tenían el deber de abrir y cerrar el edificio, atender a la concurrencia, colaborar con el cobro de las cuotas, cuidar los bienes, avisar sobre el incumplimiento de los plazos de devolución, así como sobre el maltrato o extravío de los textos, formar catálogo y llevar un control escrito de los movimientos bibliográficos. El estatuto enunciaba que la designación quedaba a cargo de los directivos y que por el puesto los escogidos recibirían un porcentaje de las mensualidades que cobraran a los socios, además de un sueldo. Este último punto, sostenido en la práctica con el correr de los años, diferenció a la biblioteca bahiense de las otras de la región –a excepción de la Ernesto Tornquist de la localidad homónima– que, en su mayoría, no disponían de personal remunerado. La posibilidad de vivir de su trabajo y las dimensiones que iba adquiriendo la colección favorecieron en la práctica un principio de especialización que se tradujo en una constante demanda de actualización de los saberes con miras a optimizar el servicio para volverlo más eficiente y adecuado a las particularidades del electorado.

Daniel Aguirre y Germán García se convirtieron, de hecho, en figuras clave del funcionamiento institucional que, sobre todo en el caso del segundo, se proyectaron sobre el escenario nacional y participaron activamente en la institucionalización de la

<sup>26</sup> Cónsole, Alfredo 16.

<sup>27</sup> García, Germán. *Actualidad de Sarmiento y otros ensayos bibliotecarios* (Bahía Blanca: Pampa-Mar, 1943), 54.

<sup>28</sup> García Germán 55. Sobre el pensamiento de Germán García y su diagnóstico de los problemas del sistema bibliotecario argentino, pueden consultarse Agesta, María de las Nieves. «De lo popular a lo público. El concepto de biblioteca en la obra de Germán García» (ponencia presentada en las X Jornadas de Investigación en Humanidades, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 7 de diciembre de 2022) y López Pascual, Juliana y Agesta, María de las Nieves. «Germán García de lo popular a lo público: discusiones bibliotecológicas y prácticas asociativas en la provincia de Buenos Aires (1930-1950)», en *Estudios del ISHir*, 14.39 (2024), s/p.

disciplina bibliotecológica.<sup>29</sup> Aguirre, nacido en La Habana, ocupó esa posición desde la fundación hasta su muerte en 1895. Como rememora García,<sup>30</sup> «el viejo Aguirre» «dio la tónica y fijó rumbos para la tarea del bibliotecario», iniciando la significativa colección hemerográfica de la Asociación y haciéndose cargo de la atención al público, del depósito y de los procesos de clasificación, catalogación y ordenamiento del material. Familiarizado con el movimiento y las urgencias de la entidad gracias al contacto cotidiano con los usuarios y los textos, era sobre sus espaldas, más que sobre la de la comisión —inestable durante esos tiempos inaugurales—, que recaían gran parte de las responsabilidades diarias.

Poco es lo que sabemos de él, más allá de que cuando llegó a la localidad se empleó como tenedor de libros y que, en paralelo a su labor como bibliotecario, actuó como presidente del Consejo Escolar; sí conocemos, por las actas de comisión y la correspondencia, que fue él quien se encargó de quehaceres esenciales para el funcionamiento de la institución, como la elaboración de los pedidos bibliográficos para los proveedores o la confección del primer catálogo editado en 1884. Para realizar esto último, tomó como punto de partida la clasificación adoptada por Trelles en la Biblioteca Nacional a partir de la propuesta de Vicente Quesada,<sup>31</sup> cuyas cuatro secciones fueron reproducidas casi de manera idéntica. Esta primera tabla, al igual que las que le siguieron hasta 1916, era sencilla y estaba organizada en función de grandes áreas del saber humano que, con algunas modificaciones, recuperaban las cinco clases formuladas por Jacques-Charles Brunet a inicios del siglo anterior (Teología; Jurisprudencia; Ciencias y Artes; Literatura; Historia).<sup>32</sup> La distribución resultaba operativa para una colección todavía acotada y siguió aplicándose en los suplementos de 1890 y 1906 y en el segundo catálogo de 1900, luego del fallecimiento del cubano y durante la guarda de sus sucesores, Julián Calvento (1895-1905), Ambrosio Bozano (1905-1908) y Octavio Grisetti (1908-1912).

Un cambio sustancial se introdujo en 1915-1916, mientras Emilio B. Pérez (1912-1927) era bibliotecario. Esta vez, la iniciativa partió, sin embargo, del presidente de la ABR, el abogado bibliófilo Bartolomé Ronco (Parada, 2012) y no de Pérez. Ronco procuró modernizar la Rivadavia, inventariando el material, reorganizando el patrimonio y optimizando el servicio a partir de la incorporación de nuevos métodos de clasificación y de los criterios bibliotecológicos generales que habían comenzado a circular en algunos textos especializados. Así, las cinco y

<sup>29</sup> López Pascual, Juliana. «Espacios del conocimiento. La trayectoria de Germán García en el contexto de profesionalización de la bibliotecología argentina (1927-1970)», en *Anuario IEHS*, 38.1, Tandil (2023): 51-73 y López Pascual, Juliana. «El bibliotecario en la «mansión del espíritu»: Germán García y la Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia en el mundo cultural del sudoeste bonaerense (1932-1954)», en *Anuario Sobre Bibliotecas, Archivos y Museos Escolares*, 2 (2022): 182-195.

<sup>30</sup> García, Germán. *La Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia: 100 años de historia 1882-1982* (Bahía Blanca: Asociación Bernardino Rivadavia, 1982), 59.

<sup>31</sup> Arcella, Elvira, Bizzoto, Mabel y Zeballos, Ignacio. «Biblioteca Nacional: Procesos técnicos en el Centenario» (ponencia presentada en el 2º Encuentro Nacional de Catalogadores, Biblioteca Nacional de la República Argentina, Buenos Aires, 25 de noviembre de 2009).

<sup>32</sup> Agesta, María de las Nieves. «Libros en orden...»

seis secciones que se habían instaurado en un principio, fueron reemplazadas por once y 69 subgrupos que, de acuerdo a la concepciones vertidas por Paul Groussac en su *Catálogo Metódico* de la Biblioteca Nacional, abandonaban el plan basado en la diferenciación filosófica de las ciencias por uno centrado en las particularidades del material bibliográfico disponible, transformando al catálogo en un instrumento funcional y sencillo para los usuarios.<sup>33</sup> La reforma, decía Ronco, tenía «razones de orden práctico procurando que una vez impreso sea fácil al lector menos inteligente encontrar el libro que desea consultar ó saber que libros existen en la Biblioteca sobre una materia determinada». Se pretendía seguir

en lo posible un orden científico de clasificación que sin ser enteramente exacto -lo que haría difuso y muy complejo el catálogo- evita que bajo un mismo rubro ó en una misma sección se comprendan, como pasaba en el catálogo anterior, obras de psicología ó de metafísica junto con obras de historia y literatura.<sup>34</sup>

Fue este momento cuando, como veremos, se incorporó en la sección «Enciclopedias y Diccionarios. Obras generales» un apartado denominado «Bibliografía y Bibliotecas» donde se comenzó a reunir la producción institucional, teórica y técnica disponible sobre el tema.

La llegada de Germán García a la dirección implicó una intensificación de los propósitos de actualización y especialización esbozados por el letrado porteño. Habiendo ingresado como auxiliar a los 12 años —al mismo tiempo que principiaba la renovación mencionada—, este salamanquino llegó a reemplazar a Pérez como bibliotecario interino en 1925, para pasar en 1928, después de la renuncia de este y hasta 1956, a ocupar el puesto de Jefe de Salas y, luego, de Director bibliotecario.<sup>35</sup> Su labor, favorecida por el contexto de expansión que la disciplina experimentó a partir de los años treinta, otorgó a la biblioteca una nueva proyección, tanto a nivel local como regional y nacional. La ampliación de su acervo, la actualización técnica y la modernización de los servicios estuvieron acompañadas por el cambio de edificio —moderno y monumental—<sup>36</sup> y por la inserción de su director en los circuitos de debate y gestión pública del área que traducía su intención de no ser un mero empleado administrativo. Poco antes de ser confirmado en su cargo, García participó del proyecto editorial institucional de carácter bibliográfico propuesto por el consejero Roberto Clegg al que se denominó *Guía del lector*. El objetivo, en la primera etapa de edición inaugurada en 1927, era informar a los socios sobre las adquisiciones más recientes y ofrecerles breves comentarios sobre textos de

<sup>33</sup> Barber, Elsa E., Tripaldi, Nicolás M. y Pisano, Silvia. L. «Facts, Approaches, and Reflections on Classification in the History of Argentine Librarianship», en *Cataloging & Classification Quarterly*, 35.1-2 (2002): 79-105.

<sup>34</sup> Archivo institucional de la Asociación Bernardino Rivadavia (AIABR), Libro de actas del Consejo Directivo de la Asociación Bernardino Rivadavia nº 4 1915-1922, f. 1-2 (Bahía Blanca, 3 de julio de 1915).

<sup>35</sup> López Pascual, Juliana. «Espacios del conocimiento...» y López Pascual, Juliana y Agesta, María de las Nieves.

<sup>36</sup> Agesta, María de las Nieves. «Minerva en la Pampa, Sarmiento en el templo. Bibliotecas populares e historicismo arquitectónico en el sudoeste bonaerense a principios del siglo XX», en *On the w@terfront. Public Art.Urban Design.Civic Participation. Urban Regeneration*, 62.2 (2020): 3-47.

origen (sobre todo) nacional que «respiran el espíritu del país». Los dos primeros números, publicados en marzo y en septiembre, consistían, básicamente, en la enumeración de algunas de las obras recibidas junto a sus autores y, en algunos casos, una reseña sintética de su contenido.<sup>37</sup> Interrumpido tras dos apariciones, el órgano institucional renació en 1932 como *Boletín Informativo*, para desaparecer de nuevo dos años después y resurgir definitivamente en 1936.<sup>38</sup> A comienzos de los treinta, el dato bibliográfico se combinó con la noticia institucional y pequeños ensayos históricos y literarios escritos anónimos que, en los albores de la tercera era, cedieron lugar frente a la reproducción de artículos doctrinarios y de reflexión y a la propia producción de García que hizo de él una plataforma de intervención en el novel ámbito disciplinar.

Pero la labor del bibliotecario no se agotó en la intervención en este medio. Ya en 1928 propuso una modificación del sistema de control de préstamos, el arreglo del fichero y la estantería y la adopción de medidas de atracción del público.<sup>39</sup> Asimismo, ante la coyuntura de la construcción de la sede de Avenida Colón entre 1927 y 1930, el «joven aprendiz de bibliotecario de esos días», como él mismo se califica, «tuvo la decisión de adoptar normas para clasificar y catalogar que fueran adecuadas para el momento y pudieran desarrollarse a medida que la bibliografía en crecimiento no presentara problemas de fondo».<sup>40</sup> Con esta finalidad y acicateado por la curiosidad que le suscitaban los debates contemporáneos en torno a la clasificación decimal de Melvil Dewey, García se trasladó a Buenos Aires a fin de estudiar los métodos aplicados tanto en la Biblioteca Nacional y en la del Museo Social, como en las municipales. Sin embargo, su decepción fue mucha al comprobar que en la primera se seguía utilizando la clasificación diseñada «medio siglo antes» por Groussac y que el formato de sus fichas estaba atrasado respecto de las orientaciones planteadas por las bibliotecas norteamericanas. En el Museo Social la situación no fue más alentadora: el bibliotecario, Pedro B. Franco, se había ocupado de modernizar los modos de catalogación, pero las tarjetas estaban embaladas para un próximo traslado y no podían, por lo tanto, ser consultadas. La experiencia en las bibliotecas municipales, aunque al día con las novedades técnicas, se hallaba en un estado muy incipiente y sus resultados aún resultaban inciertos. Fue entonces en la Biblioteca de la Universidad de La Plata donde el bahiense encontró finalmente los lineamientos que adaptó a la Rivadavia. En comparación con los porteños, el catálogo de la capital bonaerense, moderno, «ordenado y práctico», también basado

<sup>37</sup> El primer número incluía comentarios sobre México de Mario D'Arpi y *Fuego en el desierto* de F. Ossendowski, en la sección de «Lectura general», *El dilema del doctor* de Bernard Shaw, *El inglés de los gúesos* de Benito Lynch, *Barcos de papel* de Álvaro Yunque, *Zogoibi* de Enrique Larreta, *Tierra amanecida* de C. Mastronardi, *Una época del teatro argentino* de Juan Pablo Echagüe y *En los esteros* de Emilio Berisso, en la sección de «Literatura». En el segundo número el redactor anónimo –con toda probabilidad, el mismo García– decidió extenderse y redactar comentarios más extensos sobre *Facundo* de Sarmiento, *Las fuerzas morales* de José Ingenieros, *Las divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira* de Roberto J. Payró, *Stella de César Duayen*, *Salero criollo y Viaje al país de los matreros* de José Álvarez.

<sup>38</sup> López Pascual, Juliana y Agesta, María de las Nieves.

<sup>39</sup> Archivo institucional de la Asociación Bernardino Rivadavia (AIABR), Libro de actas del Consejo Directivo de la Asociación Bernardino Rivadavia nº 5, 1922-1931, f. 173 (Bahía Blanca, 6 de febrero de 1928).

<sup>40</sup> García, Germán. *La Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia...*, p. 65.

en la clásica división de Brunet, «resultaba de fácil manejo para los consultores»<sup>41</sup> y el fichaje había sido elaborado según reglas claras que se encontraban reunidas en un manual de trabajo, facilitando su aplicación en otros contextos. Una vez más, bajo su responsabilidad y sobre los modelos existentes, la ABR configuró un sistema híbrido que le permitía introducir modificaciones en función de sus necesidades; no sería hasta fines del siglo XX que la clasificación comenzaría a abandonar paulatinamente a Brunet para aplicar el sistema creado por Dewey.

El catálogo de 1932 incluyó ocho secciones dotadas de 69 subdivisiones que proponían una síntesis respecto del anterior, al unificar algunas categorías, como Ciencias Exactas y Naturales o Artes, industrias y oficios, y jerarquizar algunas áreas del saber, como Educación y Sociología, sumándolas a clases preexistentes (Filosofía y Religión y Derecho, respectivamente). La subsección «Bibliografía y bibliotecas. Archivología», además de ampliarse para abarcar una nueva asignatura, fue trasladada desde «Obras generales» a «Literatura». De esta manera, pasaba a integrar el conjunto de saberes ligados al mundo del libro y de la documentación, dejando de ser un mero material de consulta. El apartado se había incrementado en 36 piezas desde 1916 gracias a la incorporación de textos tanto del ámbito de la archivística como de carácter bibliotecológico que daban cuenta del desarrollo de estas disciplinas y las orientaciones que las tres compartían. De este modo, la colección misma se iba transformando en un instrumento de formación y *aggiornamento* que contribuía a la especialización del personal propio y a la puesta a disposición de los saberes en el área de influencia de la entidad.

## 5. Catálogos

Ahora bien, ¿en qué consistía este material específico incorporado a lo largo de los años por la ABR? Sin duda, su composición estuvo ligada tanto al devenir de la producción y disponibilidad bibliográfica en idioma nacional como a la posibilidad de obtenerla por vía de compra o donación y a los conocimientos que poseían sobre ella las comisiones directivas<sup>42</sup> y el bibliotecario. La literatura bibliotecológica argentina hasta 1930 era sumamente escueta e incluía algunas publicaciones periódicas como el antedicho *Boletín de Bibliotecas Populares* (1872-1875) y el *Boletín de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires* (1899-1905), las obras de Sarmiento, de Vicente Quesada y de Groussac y, ya en el siglo XX, los aportes de Luis R. Fors, Federico Birabén, Pablo Pizzurno, Juan Túmburus, Santiago Amaral, Francisco Scibona, Ernesto Nelson y Cónsole.<sup>43</sup> A las reflexiones históricas, observaciones de viaje, manuales y consideraciones técnicas que ofrecía este repertorio se sumaban la creciente documentación generada por las reparticiones oficiales nacionales y provinciales

<sup>41</sup> García, Germán. *La Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia...*, 66.

<sup>42</sup> Durante los años 20, funcionaba en una ABR una comisión de bibliografía y catálogo integrada por miembros de la CD y el bibliotecario que, organizada por áreas a partir de 1931, se ocupaba de buscar información sobre las novedades editoriales que convenía adquirir para el patrimonio.

<sup>43</sup> Planas, Javier, «Producción y circulación...» y Planas, Javier. «Para una cartografía de los temas y las preocupaciones de la bibliotecología argentina en las décadas de la profesionalización (1940-1950)», en *Revista Interamericana De Bibliotecología*, 47.3 (2024).

y la emitida por las mismas instituciones bibliotecarias del país para componer el panorama disperso y heterogéneo con el que se encontraban los contemporáneos.<sup>44</sup>

Hacia 1884, cuando se editó el primer catálogo de la Rivadavia,<sup>45</sup> solo el *Boletín* de la década previa y los textos de Sarmiento y Quesada existían. En la sección de «Administración, Derecho, Estadística y Hacienda Pública» se hallaban *Las bibliotecas europeas y algunas de América Latina* (1877) de este último, la ya mencionada publicación de la Biblioteca Pública de Chivilcoy, cuatro memorias de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (1871, 1876-1878) y un catálogo de la colección de obras argentinas enviada por esta a la Exposición Internacional de París en 1878; el apartado contenía también la *Revista del Archivo de Buenos Aires* editada por Trelles. El universo de publicaciones vinculadas a las «ciencias del libro» se completaba en la sección de «Literatura y Filosofía» donde se habían listado el *Anuario Bibliográfico* (1879-1881) de Alberto Navarro Viola y varios números de la revista *La Biblioteca de Buenos Aires* dirigida por su hermano Miguel. Limitado fue el crecimiento del ramo en los años siguientes, pese a haberse casi duplicado el patrimonio. Entre 1884 y 1906 únicamente se añadieron unos pocos números de *Anuario* (1883, 1884 y 1886) y dos títulos de carácter bibliográfico: el *Catálogo general razonado de las obras adquiridas en las Provincias Argentinas* de Antonio Zinny (San Martín, 1887) y la *Colección de documentos relativos a la expulsión de los jesuitas de la República Argentina y del Paraguay* de F. J. Bravo (Madrid, 1872).

Fue al promediar la década del diez que se produjo un auténtico salto en la cantidad general de volúmenes (llegaron a 15.585 en 1916) y, en particular, en la de la subdivisión «Bibliografía y Bibliotecas», ahora identificada como unidad diferenciada dentro de «Encyclopedias y diccionarios. Obras generales».<sup>46</sup> Las obras allí comprendidas representaban el 0,71% del total de los títulos disponibles y el 19,51% de los de la sección. [Gráfico 1] Las 79 entradas anotadas en esa ocasión daban cuenta de la voluntad desplegada durante los últimos diecisés años por reunir material faltante y novedoso. En este sentido, se procuraron las obras completas de Sarmiento (ingresadas, no obstante, en «Literatura»), textos relevantes como el de Luis Fors sobre las bibliotecas de Montevideo (La Plata, 1903), colecciones completas de revistas nacionales (de los boletines y anuarios ya dichos y de otros como el *Boletín de la Biblioteca Pública de Provincia* y el de la Comisión Protectora), manuales recientes de orientación para bibliotecarios –como los de Santiago Amaral (1916) y Giulio Petzholdt (1894)– y la mayor cantidad posible de publicaciones provenientes de organismos oficiales y de bibliotecas del país.

<sup>44</sup> Como demuestra Planas a partir de la bibliografía construida por Nicolás Matijevic, la etapa comprendida entre las últimas décadas del siglo XIX y 1939 estuvo dominada en la Argentina por estatutos, reglamentos y leyes, manuales bibliotecarios, libros dedicados a distintos tipos de bibliotecas, a la bibliofilia y a la archivología y textos sobre la imprenta y la lectura. Cuestiones como la clasificación y la catalogación, centrales para la bibliotecología de las décadas posteriores, solo ocuparon posiciones secundarias. Planas, Javier. «Para una cartografía...»

<sup>45</sup> Asociación Bernardino Rivadavia. *Biblioteca Pública de Bahía Blanca. Catálogo Parcial nº 1.* (Buenos Aires: Imprenta de Pablo Coni, 1884).

<sup>46</sup> Asociación Bernardino Rivadavia. *Catálogo General de la Biblioteca Pública de Bahía Blanca.* (Bahía Blanca: 1916).

Asimismo, y como lo anunciaba desde la denominación, se agregaba aquí un conjunto importante de bibliografías, índices y catálogos de diferentes orígenes, en especial, argentinos y españoles. *Apuntaciones para la bibliografía argentina* de Estanislao Zeballos (Buenos Aires, 1896), *Sobre bibliografía geográfica argentina* de J. Chavanne, *Índice cronológico de los trabajos efectuados en la imprenta de los niños expósitos de Fors* (La Plata, 1904), *Bibliografía militar de España* de José Almirante (Madrid, 1876), *Catálogo razonado de los libros e caballería que hay en la lengua castellana ó portuguesa* (Madrid, 1874), *Lista de comedias viejas de Lope de Vega* (Madrid, 1860), así como también *A bibliography of South America* de T. B. O'Halloran (Londres, 1912), *Afrika Katalog 432* (Leipzig, 1914), *Bollettino librario della librerie italiane moderne. Catalogo* (Buenos Aires, 1914) y *Catalogue des publications parues sur la navigation intérieure* (París, 1892), por mencionar solo unos pocos de los 42 libros y revistas sobre el tema que pasaron a integrar la nueva categoría, denunciando la centralidad que se adjudicaba al conocimiento bibliográfico en el saber bibliotecario.

Aunque con objetivos diversos, se intentó adquirir también un número significativo de catálogos de bibliotecas argentinas con las que se proponían mantener intercambios o con las que ya se había establecido una relación. La biblioteca de la Sociedad de Fomento de la Educación de La Paz (Entre Ríos), la Alberdi de Tucumán, la Popular de Azul y la de Chivilcoy, las de los municipios porteño y platense, la Militar, la Bernardino Rivadavia de Villa María (Córdoba), la Popular de Buenos Aires y la Sarmiento de Navarro habían remitido sus documentos catalográficos y, algunas de ellas, habían añadido sus memorias al envío. Unos y otras constituían insumos valiosos para el diseño de los propios instrumentos de regulación y clasificación. Del mismo modo, resultaba clave mantenerse al día con las reglamentaciones y el accionar de las reparticiones públicas que, desde el Centenario, se estaban reorganizando en la provincia y la nación.<sup>47</sup> Con ese criterio y a partir de las donaciones gubernamentales, se incorporaron el *Memorándum* presentado en 1887 por A. Belín Sarmiento, director de la Biblioteca Provincial, al Ministro de Obras Públicas de La Plata, los *Antecedentes relativos a la creación y fomentos de las bibliotecas populares* (La Plata, 1902), el *Decreto sobre bibliotecas populares* (1908), *Fomento y protección de las bibliotecas populares en el año 1914* (La Plata, 1915), los *Leyes y decretos relativos a la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares* (Buenos Aires, 1911) y la *Memoria de la Comisión Protectora y de Fomento de Bibliotecas Populares de la Provincia de Buenos Aires 1909-1912*.

El número de este tipo de documentos no cesó de incrementarse durante los dieciséis años posteriores. Si las publicaciones oficiales se multiplicaban al ritmo que se afianzaban los organismos públicos, otro tanto sucedía con los registros internos de las bibliotecas del país a medida que estas contaban con mayor cantidad de recursos y mecanismos más aceitados de comunicación. Así, se sumaron catálogos y memorias de la biblioteca Obrera Juan B. Justo y de la Popular Sarmiento de

<sup>47</sup> Agesta, María de las Nieves. «Cultura en guerra: La Primera Guerra Mundial y la acción bibliotecaria del Estado nacional en la Argentina (1914-1921)», en *Historia y Espacio*, 17.57 (2021): 181-216 y Agesta, María de las Nieves. «Delegados del Saber: la Asociación Nacional de Bibliotecas y las políticas bibliotecarias en Argentina (1908-1913)», en *Historia Crítica*, 1.87 (2023):129-154.

Buenos Aires, de la Artes y Letras de Pergamino, de la Cervantes de Bordenave, de la Popular de General San Martín, de la Popular Vélez Sarsfield de Córdoba y de la Sarmiento de Tres Arroyos, a la vez que otros de bibliotecas públicas como la de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales o la del Concejo Deliberante bahiense. Igualmente, se enriqueció la colección de manuales biblioteconómicos y obras de historia y actualidad bibliotecaria a partir de la adquisición de *Manual Práctico: la ficha y Manual práctico de clasificación y archivo* de Rafael Bori (Barcelona), *Bibliotecas de instrucción secundaria* de Pedro Canales, *El bibliotecario y la biblioteca de Cónsole*, *La biblioteca y la cultura pública* de Joaquín V. González (Buenos Aires, 1912), *La acción social de las bibliotecas públicas* de José V. Jordán, *Bibliotecas escolares* de Lorenzo Luzuriaga (Madrid, 1927), *Las bibliotecas en los Estados Unidos* de Ernesto Nelson (Nueva York, 1929) y la *Lectura sobre bibliotecas populares* de Sarmiento.

Más difícil de evaluar es la evolución de las incorporaciones en materia de Bibliografía, en tanto algunos de los títulos que antes habían sido agrupados bajo esa denominación aparecían ahora bajo otras etiquetas. En efecto, la clasificación introducida por García en el 1932,<sup>48</sup> sin ser radicalmente diferente, supuso la reubicación de algunas piezas con miras a facilitar la búsqueda y atender a los desarrollos científicos recientes. Estas intenciones no evitaron algunas vacilaciones frente a casos problemáticos como *La escuela y la biblioteca en la provincia de Buenos Aires* de Carlos Lemée (La Plata, 1898) que fue ubicado en la sección de «Filosofía, Educación y Religión», mientras volúmenes como el de Luzuriaga fueron asignados al área destinada a las bibliotecas. En líneas generales, el apartado profundizó su articulación con la órbita literaria al colocarse en una misma sección junto a la Oratoria, las Biografías (antes comprendidas en «Historia»), el Teatro, las Ficciones en prosa, la Lingüística, los Diccionarios, la Crítica Literaria, las Antologías y los Epistolarios. También se afirmó la conexión del conocimiento bibliotecario con las «ciencias del libro» al sumarle el término Archivología en el título; Biblioteconomía, Bibliografía y Archivística admitían un tratamiento conjunto en tanto se ocupaban de las formas de organización, administración y sistematización de los impresos.

En este sentido, García y los dirigentes se mostraban atentos al desenvolvimiento de las disciplinas en el país. La acción desplegada por la Asociación Nacional de Bibliotecas desde 1908 (ANB) —a la que la ABR había enviado un delegado— y la creación de la Escuela de Archiveros y Bibliotecarios de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1922 habían sentado las bases para un desarrollo conjunto de las áreas asentado sobre el proyecto nacionalista y sobre una concepción humanística y erudita de la formación profesional que los subordinaba a la labor historiográfica.<sup>49</sup> La Asociación había cumplido un rol fundamental en la restauración de la Ley 419, así como también la promoción de cierta conciencia de unidad sectorial de los trabajadores del libro y la

<sup>48</sup> Véase Asociación Bernardino Rivadavia. *Catálogo General* (Bahía Blanca: 1932).

<sup>49</sup> Swiderski, Graciela. «La Archivología nacional y los modelos explicativos de la disciplina». *Chuy. Revista de estudios literarios latinoamericanos*, 10.14 (2023): 4-29.

documentación.<sup>50</sup> Sus labores, iniciadas con dos Congresos de Bibliotecas Argentinas (1908 y 1910), se habían ido volcando paulatinamente al mundo de los archivos y de la historia de la Argentina con proyecciones externas.

En 1922, apoyada por la Academia Nacional de la Historia, organizó el Primer Congreso de Archiveros y Bibliotecarios al que siguió un segundo en 1927 y un tercero en 1929.<sup>51</sup> No resulta raro entonces que, en ese contexto, el nuevo catálogo hubiera incorporado tres obras sobre el tema, *La archivología científica moderna* de Eduardo Mujica Farías (1923), *Organización de archivos en general* de Mujica Farías y Manuel R. Portella (Buenos Aires, 1921) y *La organización administrativa y la guerra europea* de Mujica Farías y Menéndez Astudillo (Buenos Aires), cuyo autor común había participado de las mencionadas reuniones internacionales. Llama la atención que la perspectiva técnica de estos textos no coincidiera con el enfoque historicista que estaban asumiendo los debates intelectuales. Creemos que, en este caso, el interés por las herramientas metodológicas de la organización documental puede justificarse por el proyecto institucional de la misma Rivadavia que reservaba a su acervo un lugar preponderante en la conservación de la memoria regional. Aunque con ciertas dubitaciones, la sección mostraba un inicio de especialización donde las dimensiones técnicas, normativas y doctrinarias aparecían enlazadas en la configuración de un imaginario profesional.

## 6. Conclusiones

«¿Qué significa construir conocimientos *en y desde* un lugar particular?». Esta pregunta, planteada por Ricardo Salvatore,<sup>52</sup> sintetiza, en gran medida, el problema conceptual que guía el presente artículo. La fundación y el sostenimiento de una biblioteca –lugar del saber, por excelencia– requiere de disponibilidad de información y de competencias específicas que abarcan desde las formas de organización, catalogación y clasificación del material, los criterios de selección de las colecciones y la gestión de los recursos económicos hasta las estrategias de atracción del lectorado y la implementación de servicios adecuados de atención al público. Existe cierto consenso respecto de que el tránsito del siglo XIX al XX fue un momento genético de constitución de la disciplina bibliotecológica a nivel internacional y de emergencia, propagación y extensión del campo a escala nacional.<sup>53</sup> Sin embargo, al redirigir la mirada para posarla en regiones alejadas de los centros de producción y de actuación cultural, como el sudoeste bonaerense argentino, el escenario adquiere rasgos singulares. Las peculiaridades del sistema bibliotecario, las restricciones de los medios de comunicación y transporte y las consecuentes demoras en el flujo informativo, la presencia limitada de los organismos oficiales

<sup>50</sup> Agesta, María de las Nieves. «Delegados del saber...».

<sup>51</sup> Sarmiento, Nicanor. *Historia del Libro y de las Bibliotecas Argentinas* (Buenos Aires: Imprenta Luis Veggia, 1930).

<sup>52</sup> Salvatore, Ricardo (comp.) 17.

<sup>53</sup> Véase Barbier, Frédéric. *Historia de las bibliotecas: de Alejandría a las bibliotecas virtuales* (Buenos Aires, Ampersand, 2015) y Planas, Javier. «Producción y circulación...».

de un Estado en construcción,<sup>54</sup> las dificultades de acceso a la educación superior, así como las grandes distancias que separaban a los poblados dispersos en la pampa, imponían desafíos concretos a los agentes locales quienes debían desplegar todas las tácticas a su alcance para preservar e impulsar estas instituciones. Traducidos en función de sus propias necesidades y posibilidades, los conocimientos obtenidos mediante el intercambio personal y/o epistolar y mediante los textos disponibles se enraizaban y adquirían, así, un carácter situado. Lejos de la pasividad atribuida a las periferias, se producía entonces una apropiación selectiva que, en ocasiones (como en la de rechazo explícito a la clasificación decimal), iba a contramano de las tendencias globales.

Examinar las primeras décadas de existencia de la Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca y, a través de ella, el movimiento bibliotecario de la región en el entresiglos nos permite desplazarnos desde el terreno de las ideas aparentemente universales hacia el de ámbito de lo concreto, reponiendo las condiciones sociales, materiales e institucionales en que dichos saberes se produjeron y actualizaron.<sup>55</sup> Localización y movilidad aparecen, en este contexto, como las dos caras insoslayables de un mismo proceso. En efecto, los documentos muestran la red de intercambios que las bibliotecas populares del sudoeste establecieron entre sí y con otras similares del resto del país: modelos reglamentarios, vivencias y consejos circularon en la correspondencia, a la vez que los patrimonios se engrosaron merced a los canjes y las donaciones mutuas. Asimismo, el análisis torna evidente el papel central desempeñado por algunos individuos –en especial, bibliotecarios y administradores– en la acumulación y difusión de saberes específicos (aunque heterogéneos), surgidos de la praxis, de las lecturas asistemáticas y de los lazos personales. Esos operadores, mayormente anónimos y animados por sus inquietudes intelectuales y un ideal civilizatorio compartido, procuraron resolver problemas puntuales mediante la experimentación y la utilización de los recursos asequibles. La conformación de un sistema bibliotecológico nacional más integrado y profesionalizado a partir de las décadas del treinta y del cuarenta, permitiría que algunos de sus debates y soluciones se socializaran, incorporándose al repertorio de tópicos disciplinares comunes y legitimando la inserción disciplinar de ciertas figuras destacadas que, como Germán García, supieron capitalizar los resultados de su experiencia previa.

Los efectos de saber, empero, no alcanzaron únicamente a las personas. Las entidades mismas y sus localidades de origen fueron ocupando un lugar diferencial en las jerarquías regionales de acuerdo con sus aptitudes para convertirse en sedes

<sup>54</sup> Recientemente incorporada al Estado argentino, la costa sudoeste de la provincia de Buenos Aires puede entenderse—sobre todo, durante las últimas décadas del siglo XIX—como una de las «zonas grises» de la presencia estatal, tal como las definen Eduardo Zimmermann y Mariano Plotkin. Con esta noción, estos investigadores aluden a las «áreas difusas de contacto entre Estado y sociedad, y en las que individuos u organismos no vinculados en forma directa al Estado desempeñan o colaboran en el desarrollo de funciones estatales.» Plotkin, Mariano B. y Zimmermann, Eduardo. «Introducción», en Plotkin, Mariano B. y Zimmermann, Eduardo (comps.), *Las prácticas del Estado: Política, sociedad y élites estatales en la Argentina del siglo XX* (Buenos Aires: Edhsa, 2012), 22.

<sup>55</sup> Salvatore, Ricardo 11.

de consulta y referencia para las demás. Como ha notado Peter Burke,<sup>56</sup> la creciente centralización del conocimiento en el mundo occidental, pese a hallarse vinculada a la concentración económica y de autoridad en las ciudades, mantuvo, hasta cierto punto, sus lógicas autónomas y fue configurando su propia geopolítica intelectual. El proceso de acumulación de bibliografía, de recursos y de *expertise* sumado a la proyección socioeconómica bahiense consolidó, de hecho, la primacía de la Rivadavia y contribuyó a afirmar las pretensiones locales de hegemonía regional. De este modo, la biblioteca y sus dinámicas de funcionamiento no se limitaron a reflejar las circunstancias del contexto, sino que coadyuvaron activamente en su transformación. El saber y el hacer bibliotecarios se anudaron, así, en un doble movimiento de agregación y de diferenciación como núcleos compartidos de una comunidad epistémica y como variables de distinción en la distribución espacial del poder.

## 7. Bibliografía

### Fuentes primarias

Archivo institucional de la Asociación Bernardino Rivadavia (AIABR). Correspondencia recibida, 1882-1930.

Archivo institucional de la Asociación Bernardino Rivadavia (AIABR). Libro de actas del Consejo Directivo de la Asociación Bernardino Rivadavia nº 4, 1915-1922.

Archivo institucional de la Asociación Bernardino Rivadavia (AIABR). Libro de actas del Consejo Directivo de la Asociación Bernardino Rivadavia nº 5, 1922-1931.

Asociación Bernardino Rivadavia. *Biblioteca Pública de Bahía Blanca. Catálogo Parcial nº 1*. Buenos Aires: Imprenta de Pablo Coni, 1884.

Asociación Bernardino Rivadavia. *Catálogo General de la Biblioteca Pública de Bahía Blanca*. Bahía Blanca: 1916.

Asociación Bernardino Rivadavia. *Catálogo General*. Bahía Blanca: 1932.

Cónsole, Alfredo. *El bibliotecario y la biblioteca. Formación y organización de bibliotecas populares*. Buenos Aires: Tor, 1928.

García, Germán. «Relaciones de las bibliotecas entre sí y con los demás centros de cultura y educación». Ponencia presentada en el 1º Congreso Provincial de Bibliotecas Populares, La Plata, Dirección General de Bibliotecas de la Provincia de Buenos Aires, 1951.

García, Germán. *Actualidad de Sarmiento y otros ensayos bibliotecarios*. Bahía Blanca: Pampa-Mar, 1943.

<sup>56</sup> Burke, Peter. *Historia Social del Conocimiento: De Gutenberg a Diderot*. (Madrid: Paidós, t. 1, 2002).

*Guía del lector/Boletín informativo, Bahía Blanca, 1927-1932.*

*Primer Congreso de Bibliotecas Populares.* La Plata: Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires, 1949.

Sarmiento, Nicanor. *Historia del Libro y de las Bibliotecas Argentinas.* Buenos Aires: Imprenta Luis Veggia, 1930.

## Fuentes secundarias

Agesta, María de las Nieves y Planas, Javier. «Introducción al dossier. Para una nueva historia de las bibliotecas en América Latina: instituciones, representaciones y prácticas», en *Palabra Clave*, 13.2 (2024).

Agesta, María de las Nieves. «Cultura en guerra: La Primera Guerra Mundial y la acción bibliotecaria del Estado nacional en la Argentina (1914-1921)», en *Historia y Espacio*, 17.57 (2021).

Agesta, María de las Nieves. «De lo popular a lo público. El concepto de biblioteca en la obra de Germán García». Ponencia presentada en las X Jornadas de Investigación en Humanidades, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 7 de diciembre de 2022.

Agesta, María de las Nieves. «Delegados del Saber: la Asociación Nacional de Bibliotecas y las políticas bibliotecarias en Argentina (1908-1913)», en *Historia Crítica*, 1.87 (2023).

Agesta, María de las Nieves. «Libros en orden para un mundo en crisis: Apropiaciones y mediaciones de la organización bibliotecaria en el interior bonaerense (Bahía Blanca, 1915-1916)». Ponencia presentada en las 7mas. Jornadas de Intercambio y Reflexión en Bibliotecología, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, 18 de abril de 2024.

Agesta, María de las Nieves. «Minerva en la Pampa, Sarmiento en el templo. Bibliotecas populares e historicismo arquitectónico en el sudoeste bonaerense a principios del siglo XX», en *On the w@terfront. Public Art.Urban Design.Civic Participation. Urban Regeneration*, 62.2 (2020).

Agesta, María de las Nieves. «Tentativas y tambaleos de la «cuestión» bibliotecaria. Protección y fomento de las bibliotecas populares en la provincia de Buenos Aires (1910-1913)», en *Cuadernos de Historia* 58 (2023).

Aguirre, Carlos y Salvatore, Ricardo (ed.). *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina: siglos XIX y XX.* Lima: Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018.

Arcella, Elvira, Bizzoto, Mabel y Zeballos, Ignacio. «Biblioteca Nacional: Procesos técnicos en el Centenario». Ponencia presentada en el 2º Encuentro Nacional de Catalogadores, Biblioteca Nacional de la República Argentina, Buenos Aires, 25 de noviembre de 2009.

Barber, Elsa E., Tripaldi, Nicolás M. y Pisano, Silvia. L. «Facts, Approaches, and Reflections on Classification in the History of Argentine Librarianship», en *Cataloging & Classification Quarterly*, 35.1-2 (2002).

Barbier, Frédéric. *Historia de las bibliotecas: de Alejandría a las bibliotecas virtuales*. Buenos Aires, Ampersand, 2015.

Burke, Peter. *¿Qué es la historia del conocimiento?* Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2017.

Burke, Peter. *Historia Social del Conocimiento: De Gutenberg a Diderot*. Madrid: Paidós, t. 1, 2002.

Coria, Marcela. *Las políticas bibliotecarias de lectura de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (1933-1949)*, (Tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata, 2023).

Coria; Marcela. *Libros, cultura y peronismo: La Dirección General de Bibliotecas de Buenos Aires 1946-1952*. La Plata: Archivo Histórico Dr. Ricardo Levene, 2017.

García, Germán. *La Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia: 100 años de historia 1882-1982*. Bahía Blanca: Asociación Bernardino Rivadavia, 1982.

Jacob, Christian. «Lieux de savoir: Places and Spaces in the History of Knowledge», en *KNOW: A Journal on the Formation of Knowledge*, 1.1 (2017).

López Pascual, Juliana y Agesta, María de las Nieves. «Germán García de lo popular a lo público: discusiones bibliotecológicas y prácticas asociativas en la provincia de Buenos Aires (1930-1950)», en *Estudios del ISHiR*, 14.39 (2024).

López Pascual, Juliana. «El bibliotecario en la «mansión del espíritu»: Germán García y la Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia en el mundo cultural del sudoeste bonaerense (1932-1954)», en *Anuario Sobre Bibliotecas, Archivos y Museos Escolares*, 2 (2022).

López Pascual, Juliana. «Espacios del conocimiento. La trayectoria de Germán García en el contexto de profesionalización de la bibliotecología argentina (1927-1970)», en *Anuario IEHS*, 38.1 (2023)

- Monay, Alejo. *Estado y política bibliotecaria: La inspección en bibliotecas populares bonaerenses (1908-1929)*, (Tesis pregrado, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2022).
- Mouren, Raphaële. «Faire l'histoire des bibliothèques aujourd'hui», en *Biblos* 35.1 (2021).
- Parada, Alejandro E. «Una Historia de las Bibliotecas con vocación latinoamericana», en *Revista Telar* 22 (2019).
- Parada, Alejandro. «Historia de las bibliotecas en la argentina. Una perspectiva desde la bibliotecología», en *Revista de la Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional* 7.29 (2013).
- Parada, Alejandro. *Bajo el signo de la bibliotecología*. Villa María: Eduvim, 2023.
- Parada, Alejandro. *Lectura y contralectura en la Historia de la Lectura*. Villa María: Eduvim, 2019.
- Parada, Alejandro. *Martín Fierro en Azul: Catálogo de la colección martinfierrista de Bartolomé J. Ronco*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 2012.
- Planas, Javier. «Bibliotecas para la cultura científica: Los fundamentos conceptuales de Paul Groussac y Federico Birabén», en *Informatio* 28.2 (2023).
- Planas, Javier. «Para una cartografía de los temas y las preocupaciones de la bibliotecología argentina en las décadas de la profesionalización (1940-1950)», en *Revista Interamericana De Bibliotecología* 47.3 (2024).
- Planas, Javier. «Para una nueva historia de las bibliotecas en América Latina. Diálogo entre Carlos Aguirre y Alejandro E. Parada», en *Políticas de la Memoria* 21 (2021).
- Planas, Javier. «Participación intelectual en la producción de conocimiento en bibliotecas en la Argentina», en *Acervo*, 38.1 (2025).
- Planas, Javier. «Producción y circulación del saber en la historia del campo bibliotecario argentino», en *Información, cultura y sociedad*, 40 (2019).
- Planas, Javier. *Libros, lectores y sociabilidades de lectura: Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*. Buenos Aires: Ampersand, 2017.
- Plotkin, Mariano B. y Zimmermann, Eduardo. «Introducción», en Plotkin, Mariano B. y Zimmermann, Eduardo (comps.), *Las prácticas del Estado: Política, sociedad y élites estatales en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Edhsa, 2012.

*Haciendo camino al andar. Saberes bibliotecarios desde el sudoeste bonaerense  
(Bahía Blanca, 1880-1930)\**

Salvatore, Ricardo (comp.). *Los lugares del saber: contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2008.

Swiderski, Graciela. «La Archivología nacional y los modelos explicativos de la disciplina», en *Chuy. Revista de estudios literarios latinoamericanos* 10.14 (2023).

Weinberg, Félix (dir.). *Historia del sudoeste bonaerense*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1988.